

El Sancho Panza de Miguel de Unamuno

Jean Canavaggio
(Université Paris Nanterre)

El Sancho Panza de Miguel de Unamuno es, fundamentalmente, el que brota en 1905 de las páginas de su *Vida de Don Quijote y Sancho*. Nacido de un comentario libre de la novela de Cervantes, se nos aparece como una genuina recreación del escudero que, aunque siga involucrado en la trama de los sucesos referidos por Cide Hamete Benengeli, acaba por ofrecer una semblanza peculiar.¹ Como es sabido, Unamuno solía decir que no quiso nunca proponer una interpretación del *Quijote*, debido a su indiferencia respecto a las intenciones de un autor cuyas demás obras, mediocres a sus ojos, muestran, si hemos de creerle, que fue superado por unos personajes cuyas aventuras se limitó a narrar. De ahí su rechazo no solo de las contribuciones de los cervantistas del tercer centenario, sino también de cualquier aproximación de carácter académico. Esta actitud iba más allá de la condena de la erudición positivista que dominaba en su época,² incluyendo por consiguiente, aunque de modo implícito, las aportaciones de las generaciones futuras. Por ello, no hay que buscar en su comentario consideraciones sobre lo que pudo ser la génesis del Sancho cervantino: a este “donquijotesco Don Miguel de Unamuno”, como lo llamará Antonio Machado, nunca se le pasó por la mente buscar las raíces del personaje en modelos vivos, en el folklore tradicional, en los libros de caballerías o en el teatro renacentista. En cambio, sí podemos rastrear una manera de prehistoria del mismo, tal como lo entendió, en textos de su pluma anteriores al siglo XX: en primer lugar *En torno al casticismo*, que se remonta a 1895; también las cartas intercambiadas con Ángel Ganivet poco antes de la muerte del granadino, ocurrida tres años después, las cuales fueron reunidas y editadas posteriormente en 1912, bajo el título de *El porvenir de España* (Unamuno 1966b, 635-677); finalmente, dos importantes artículos, publicados en 1898 a pocos meses de distancia y sobre los cuales Unamuno volverá en 1905.

Lo que, al parecer, despertó su interés hacia Don Quijote y Sancho fue la labor del reformador Joaquín Costa, quien, diez años antes, había apelado a las grandes figuras de la mitología nacional para dar cuerpo a toda una reflexión histórica y política. Oponiendo el Sancho británico al Don Quijote hispano, Costa había iniciado un programa de regeneración de España a fin de reconciliar sociedad política y sociedad civil (Costa 1884, 286-287). Unamuno, sin embargo, no recoge esta oposición, sino que, en el penúltimo capítulo de *En torno al casticismo*, parte del significado que revisten para él los dos protagonistas imaginados por Cervantes: son los dos actores de un drama simbólico en el que se juega el destino de la España de su tiempo, cogida entre la herencia del pasado y la llamada del futuro:

¹ “¡Hermosa palabra esta de recrear!”, escribe Unamuno en una nota de *En torno al casticismo* (Unamuno 1952, 54, n. 1).

² Como escribirá algunos años más tarde, “la historia de los comentarios y trabajos críticos sobre el Quijote en España sería la historia de la incapacidad de una casta para penetrar en la eterna sustancia poética de una obra, y del ensañamiento en matar el tiempo con labores de erudición que mantienen y fomentan la pereza espiritual” (Unamuno 1966a, 1228).

Hay que matar a Don Quijote – escribe - para que resucite Alonso Quijano *el Bueno*, el discreto, el que hablaba a los cabreros del siglo de la paz, el generoso libertador de los galeotes, el que, libre de las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron su amarga y continua leyenda de los libros de caballerías y sintiéndose a punto de muerte, quería hacerla de tal modo que diese a entender que su vida no había sido tan mala (Unamuno 1952, 123).

Desde esta perspectiva, Sancho “el socarrón”, como lo llama, se perfila primero como un ejemplo de sumisión a la fe, aquella terrible ley externa que dominaba las almas en la época de Cervantes: prueba de ello es que, durante su estancia en casa de los Duques y en el momento de la supuesta aparición del sabio Merlín, considere “hombre de bien y buen cristiano” a un demonio al que oye jurar “en Dios y en mi conciencia” (Unamuno 1952, 97). Más adelante, durante su gobierno en Barataria, vemos cómo padece los efectos de “la razón racionante nacional ejerciendo de Pedro Recio de Tirteafuera”, cuando este doctor le prohíbe probar cualquier de los sabrosos platos que le presentan (Unamuno 1952, 123). Pero lo que Unamuno pretende sobre todo enfatizar, al proyectarse desde el siglo de Cervantes hasta el suyo, es la disociación de Sancho con Don Quijote, en la que acaba por anularle y que viene a ser “la suprema disociación española”. Perdido lo más hermoso que tenía el escudero, su fe en su señor y su esperanza en la ínsula de promisión, sus herederos de hoy no hacen más que encarnar el sentido común, es decir “el sanchopancismo antiespeculativo y antiutopista”, en un espectáculo deprimente del estado mental y moral de la sociedad española (Unamuno 1952, 131).

Mientras tanto, a la reflexión iniciada por Costa sobre el particular se estaba sumando, por su parte, Ángel Ganivet. En su *Idearium español*, escrito en 1896 y publicado en 1898, el mismo año de su muerte, descubre otra oposición, ya no entre Don Quijote y Sancho, sino entre Don Quijote y Robinsón Crusoe, o sea entre la vocación española de conquista espiritual y la vocación anglosajona de construcción de una civilización material, oposición que, no obstante, no le lleva a prescindir de Sancho, sino todo lo contrario:

Sin los árabes, Don Quijote y Sancho Panza hubieran sido siempre un solo hombre, un remedo de Ulises. Si buscamos fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglosajón, a Robinsón Crusoe. [...] Robinsón sí es un Ulises natural, pero muy rebajado de talla, porque su semitismo es opaco, su luz es prestada; es ingenioso solamente para luchar contra la naturaleza; es capaz de reconstruir una civilización material; es un hombre que aspira al mando, al gobierno “exterior” de otros hombres; pero su alma carece de expresión y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender a leer y escribir, podría ser Robinsón; y Robinsón, en caso de apuro, aplacaría su aire de superioridad y se avendría a ser escudero de Don Quijote. (Ganivet 1999, 277-278)

Ahora bien, mientras que Ganivet, en sus cartas, pedía que Don Quijote no se dejase morir y volviera a ponerse en campaña, Unamuno, al contestarle, apela a un Don Quijote unido a sus valores propios, pero regenerado por el ejemplo de Robinsón y capaz, por lo tanto, de abrirse a Europa y ponerse a la escucha del mundo:

Don Quijote se creó un mundo ideal que le hizo andar a tajos y mandobles con el real y efectivo y trastornar cuanto tocaba sin enderezar de verdad tuerto alguno, y Robinsón reconstruyó un mundo real y tangible sacándolo de la naturaleza que le rodeaba, allí donde el caballero manchego, sin las alforjas de Sancho, se hubiera muerto de hambre a pesar de jactarse de conocer las yerbas. Un pueblo nuevo tenemos que hacernos sacándolo de nuestro propio fondo, Robinsones del espíritu, y ese pueblo hemos de irlo a buscar a

nuestra roca viva en el fondo popular que con tanto ahínco exploró D. Joaquín Costa. (Unamuno 1966b, 646).³

Para él, Don Quijote y Sancho, en el dualismo armónico que los une aunque manteniéndolos distintos, son el símbolo eterno de la humanidad en general y del pueblo español en particular. Por lo tanto, quiere hacerse el portavoz del idealismo sanchopanchesco, por lo común desconocido, el alto idealismo del hombre sencillo que, manteniéndose cuerdo, sigue al loco, y a quien la fe en el loco le da esperanza de ínsula (Unamuno 1966b, 646 y ss.).

Tres años más tarde, Unamuno radicaliza sus conclusiones en un artículo publicado el 25 de junio de 1898 en el diario madrileño *Vida Nueva*, con un título provocativo: “¡Muera Don Quijote!”. Desarrollando un paralelismo entre el pobre hidalgo de antaño, tirado al suelo por culpa de Rocinante, al que dejaba tomar camino a su talante, y el pobre pueblo español de hoy, víctima de gobiernos que lo llevan a su capricho, otorga un significado ejemplar al destino final del héroe, aquel caballero histórico que muere para renacer ante el juicio de Dios como el honrado y eterno Alonso Quijano. De la misma manera, afirma, la España caballeresca, molida y quebrantada, ha de morir como nación para renacer en el pueblo español, aquel pueblo eterno que vive por debajo de la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. Y concluye: “¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno!” (Unamuno 1966c, 1196). Por este renacimiento sigue haciendo votos en “¡Viva Alonso Quijano el bueno!”, otro artículo posterior en unas pocas semanas, ya que fue publicado el 1 de julio, en el cual se aplica a aclarar el significado del grito de guerra que había lanzado y a contestar de esta forma a las reacciones indignadas suscitadas por él. Sin desestimar “todo lo de generoso, todo lo de noble, todo lo de cristiano que había en Don Quijote” y que “arrancaba de aquel honrado Hidalgo Manchego que mereció por sus virtudes ser llamado el Bueno”, considera ahora que no se puede pasar por alto “todo lo que en él hubo de violento y bárbaro, todo lo pagano del caballero andante”, que “se debió a su condenada lectura de aquellos libros de caballerías que, trastornándole el juicio, le hicieron creer en su invencible brazo y confiarlo todo a la fuerza de las armas” (Unamuno 1966d, 1197). De ahí aquel deseo que expresó en su primer artículo.

En 1905, al salir de una profunda crisis existencial y religiosa, es un cambio de rumbo, sin lugar a duda, el que Unamuno da con su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en el mismo momento en que se celebra oficialmente el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Por ello conviene ante todo recordar en qué condiciones emprende esta obra, a partir de qué supuestos y con qué finalidad. Exasperado por el clima que preside las ceremonias organizadas por toda España, el bilbaíno, rector de Salamanca desde hace cinco años, no solo desprecia la labor de los eruditos, acantonados en la búsqueda de documentos relativos a la vida de Cervantes o dedicados a la explicación literal de su obra maestra, sino que se irrita ante la exaltación de un escritor que, por sí solo, sintetizaría el genio español y al que considera notablemente inferior a su creación. Lo que, una vez más, requiere su atención es la muerte del caballero, la cual adquiere a sus ojos su verdadera significación en relación con el propósito que le inspiró la lectura de los libros de caballerías antes de lanzarse por los caminos de La Mancha.

³ Tres años más tarde, Unamuno volverá sobre el mismo tema, llegando a considerar a Robinson “mucho más grande y, sobre todo, más cristiano que Don Quijote”: “Quiso Don Quijote luchar con su brazo contra los males de la sociedad y fracasó. Robinson luchó con su inteligencia para someter la naturaleza y lo consiguió. Algún día he de desarrollar esta comparación entre ambos héroes” (Unamuno, 1966e, 1201). No parece haber cumplido esta promesa.

A la mediocridad de la gente sensata, de los defensores de una tradición hueca y mendaz, opone su admirable locura. Por consiguiente, las hazañas que realiza necesitan una lectura simbólica. Los gigantes convertidos en molinos encarnan los daños que produce el maquinismo moderno. La cueva de Montesinos, cuya entrada está obstruida por malezas que tiene que cortar antes de adentrarse en ella, es “esa sima de las verdaderas creencias y tradiciones del pueblo” que hay que desbrozar de las falsas tradiciones (Unamuno 1988, 373). Los títeres de maese Pedro representan la mentira del teatro que hay que barrer del mundo, a ejemplo de lo que hace Don Quijote en la venta destrozando las figuritas de cartón. Su abjuración final, en el umbral de la muerte, revela que la vida es un sueño del que antes o después hay que despertarse. En cuanto a la fama a la que aspira, se confunde con su deseo de acceder a una gloria eterna, un deseo tan profundo que Sancho, en su ingenuidad misma, termina por compartirlo. En tales condiciones, el ingenioso hidalgo se afirma como un ser de carne y hueso que, al decir de Unamuno, hubiera podido casarse con la dama de sus pensamientos y tener hijos con ella; pero esa realidad carnal no le impide preferir, por encima de la Aldonza Lorenzo de que un tiempo resultó enamorado, esa Dulcinea en espíritu a la que nunca dejará de reverenciar sin haberla visto nunca, en una especie de sacrificio heroico.

Unamuno sigue el encadenamiento de los capítulos del *Quijote*, conservando incluso sus títulos, aunque sin renunciar, de vez en cuando, a algunos resúmenes y cortes, como el que impone al escrutinio de la biblioteca, pasándolo por alto, ya que “trata de libros y no de vida” (Unamuno 1988, 192), o el que afecta *El Curioso impertinente* – “novela por entero impertinente a la acción de la historia” (Unamuno 1988, 289) -, y su comentario confiere a la aventura del caballero la dimensión de un mito religioso. En efecto, el ideal que anima a Don Quijote y del que se burlan quienes carecen de él, es en realidad sublime, y lo que provoca la risa de esa gente es lo que constituye su grandeza. Su error ha sido tomar por verdad lo que solo era belleza, pero su fe ha sido tan viva que, al poner en práctica lo que su locura le mostraba, acaba por hacer de ella una verdad. Por eso su propósito no deja de recordar el de Ignacio de Loyola, “aquel otro caballero, de la milicia de Cristo” (Unamuno 1988, 167), como se empeña en demostrar su comentarista, valiéndose de largas citas que saca de la biografía del santo escrita por el padre Rivadeneyra. Un paso más, y es la figura del Salvador la que su odisea nos trae a la memoria: las mujeres de la vida en la venta donde Don Quijote va a ser armado caballero y que le ayudan a quitarse la armadura a su llegada evocan a “María de Magdala lavando y ungiendo los pies del Señor” (Unamuno 1988, 172). La Mancha, cuyos caminos recorre proclamando la misión de que está investido, es su Galilea. Barcelona, que lo festeja antes de burlarse de él, es como la Jerusalén que acogió a Jesús con palmas antes de reírse de él y cargarlo de oprobio. En un estudio titulado “San Quijote de la Mancha”, Unamuno llegará a soñar con una campaña para la canonización del ingenioso hidalgo (Unamuno 1966f, 1243-1245). Sin embargo, en este juego de correspondencias, las comparaciones explícitas no son más que accesorias. El valor simbólico que reviste el caballero deriva, en efecto, de una captación no intelectual, sino existencial. Un valor que también es el del quijotismo, que el bilbaíno opone al cervantismo oficial y del que se declara depositario y heraldo.

Unamuno de este modo da un nuevo impulso a un tipo de exégesis cuyos orígenes se remontan a los románticos alemanes, aunque repensada por Díaz de Benjumea en su lectura esotérica de las obras de Cervantes y que el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho* decanta y remodela a su vez. Los capítulos finales de *En torno al casticismo* habían hecho de Don Quijote

una representación emblemática del desastre nacional, invirtiendo de manera momentánea la transfiguración romántica. El héroe cuya odisea comenta y celebra ahora es un ejemplo que propone a una nación adormilada en su conformismo y que debe dedicarse a encontrar sus raíces y, más allá, su identidad. Lo convierte así en el mensajero de un nuevo evangelio. Aunque infravalora los aspectos formales del *Quijote*, lleno de énfasis, según él, y trufado de préstamos de la lengua hablada y de italianismos, se queda finalmente con la belleza interna de este libro fundador al que considera como la biblia de la hispanidad. Quienes leyeron su ensayo en el momento de su publicación no dejaron de subrayar el carácter arbitrario de esa reconstrucción. En efecto, trasforma el texto de partida en soporte de una auténtica polifonía de razonamientos donde se mezclan consideraciones religiosas, reflexiones filosóficas, confidencias personales, sermones, predicciones y vehementes apóstrofes. Pero a cuantos le reprochaban haber despreciado el propósito paródico enunciado por Cervantes en su prólogo les contestará sin desanimarse: “¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que allí pongo y sotopongo, y lo que allí ponemos todos” (Unamuno 1966g, 290). Mejor aún: tomando al pie de la letra la convención que hacía de Cide Hamete Benengeli el cronista de las hazañas supuestamente auténticas de su héroe, acaba por considerar que el ingenioso hidalgo, envolviéndose en Cide Hamete, dictó su historia, real y verdadera, a Cervantes.

Una vez aclarada la finalidad que su autor quiso dar a este ensayo, cabe examinar la figura de Sancho tal como se nos aparece en él. En “¡Viva Alonso Quijano el Bueno!”, Unamuno se había acercado al escudero en relación con el sanchopancismo de la España de su tiempo, compartiendo en este particular el sentir de su destinatario, Federico Urales:

Hace usted bien en renegar de los Sanchos que obran pensando en ganancias, aunque Sancho el Bueno, como su amo le llamaba, llevaba por debajo de su codicia una fe robusta en Don Quijote, fe que le dio esperanza de alcanzar la ínsula. ¿Qué hubiera hecho Don Quijote sin Sancho? Y qué supone más fe: ¿meterse en aventuras por propia locura, o seguir a un loco siendo cuerdo, sin desengañarse a pesar de ver a ojos claros sus desvaríos? (Unamuno 1966b, 1198)

En la *Vida de Don Quijote y Sancho*, el espacio que le dedica es, como podía esperarse, mucho más extenso. Por cierto, el contrapunto unamuniano no solo hace caso omiso de los cuentos intercalados, juzgados del todo superfluos, sino que, en más de una ocasión, contrae varios capítulos de la novela cervantina en uno solo. No obstante, no pasa por alto las intervenciones más significativas del escudero, dedicándoles nutridas y muy personales observaciones. Sancho, lo mismo que en Cervantes, aparece en compañía de su señor al principio de la segunda salida de Don Quijote y desempeña el papel que le corresponde en cada aventura de la primera parte: los molinos de viento, el encuentro con los frailes de San Benito, la velada con los cabreros, la batalla con los yangüeses, el manteamiento en la venta, el combate con los rebaños, la aventura de los batanes, la ganancia del yelmo de Mambrino, la embajada a Dulcinea, la historia de la doncella Micomicona, el robo del rucio, la burla de la albarda, el regreso a la aldea del ingenioso hidalgo encerrado en un carro de bueyes por obra de encantamiento. Otro tanto puede decirse de sus intervenciones en la segunda parte, donde adquiere mayor relevancia: llegada al Toboso y aparición de una supuesta Dulcinea encantada, encuentro con una compañía de comediantes, combate con el caballero de los Espejos, plática con Don Diego de Miranda y desafío de Don Quijote a un león enjaulado, bajada a la cueva de Montesinos, aventura del barco

encantado, estancia con los Duques, cabalgata sobre Clavileño y gobierno de Barataria, caída en la sima, desencanto de Dulcinea, burla de la muerte de Altisidora, encuentro con Roque Guinart, derrota del caballero en Barcelona, regreso a la aldea y muerte de Don Quijote. Empero, Unamuno pasa prácticamente por alto las bodas de Camacho, así como el detalle de las sentencias dictadas por Sancho en su gobierno, limitándose a destacar su salida de Barataria. No comenta el encuentro del escudero con su vecino, el morisco Ricote, ni tampoco refiere las peripecias consecutivas a este episodio que ocurren en la ciudad condal.

Contemplado por Unamuno en las sucesivas etapas de su trayectoria, ¿cómo se perfila Sancho en tanto que personaje? Vale decir mejor que no lo considera como tal, sino como un ser de carne y hueso, lo mismo que su señor. Aunque tarda en declararlo de modo explícito, ya que nos hace esperar para ello el regreso de la pareja a la venta, después del encuentro con Dorotea, se expresa en términos que no dejan lugar a dudas. Empieza increpando al cura por haber declarado a Don Quijote que, a diferencia de los libros de caballerías, las historias del Gran Capitán y de Diego García de Paredes son verdaderas. Pues bien, le dice: puesto que “solo existe lo que obra y existir es obrar, y si Don Quijote obra, en cuantos le conocen, obras de vida, es Don Quijote mucho más histórico y real que tantos hombres, puros nombres que andan por esas crónicas que vos señor Licenciado tenéis por verdaderas.” (Unamuno 1988, 286). Y a continuación, nos explica a su modo por qué:

Antes de proseguir conviene digamos aquí algo, aunque sea de refilón, pues otra cosa no merecen, de estos sujetos vanos y petulantes que se atreven a sostener que Don Quijote y Sancho mismos no han existido nunca, ni pasan de ser meros entes de ficción. [...] Como hay personas sencillas que, seducidas por la aparente autoridad de los que vierten tan apestosa doctrina, les prestan oído atento, conviene llamarles la atención sobre ello y que no se atengan a lo que viene ya recibido desde tanto tiempo, con asenso de los más doctos y más graves. Para consuelo y corroboración de las gentes sencillas y de buena fe, espero con la ayuda de Dios escribir un libro en que se pruebe con buenas razones y con mejores y muy numerosas autoridades – que es lo que en esto vale – cómo Don Quijote y Sancho existieron real y verdaderamente, y pasó todo cuanto se nos cuenta de ellos, tal y como se nos cuenta. Y allí probaré que, aparte de que el regocijo, provecho y consuelo que de esta historia se saca es razón más que bastante en abono de su verdad, allende esto, si se le niega, hay que negar muchas otras cosas también, y así vendríamos a zapar y socavar el orden en que se asienta hoy nuestra sociedad, orden que, como es sabido, es hoy el criterio supremo de la verdad de toda doctrina.⁴ (Unamuno 1988, 287)

En virtud de esta convicción, preexistente a la redacción de su ensayo, Unamuno no puede admitir que, en el momento de su primera aparición, Sancho venga caracterizado por su creador como “hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera” (Cervantes 2005, 1/99). “Gratuita afirmación de Cervantes – declara - desmentida luego por el relato de sus donaires y agudezas. En rigor no cabría hombría de bien, verdadera hombría de bien, no habiendo sal en la mollera, visto que en realidad ningún majadero es bueno.” (Unamuno 1988, 194).

En realidad, esta irónica caracterización cervantina tiende a hacer de Sancho una inversión paródica de los escuderos presentes en los libros de caballerías, y especialmente de Gandalín, el de Amadís de Gaula. Además, en el mismo capítulo, el diálogo que el escudero mantiene con su señor basta para proyectarlo más allá de la mera parodia, marcando un primer

⁴ Afirmación reiterada por Unamuno en “Sobre la lectura e interpretación del Quijote”: “Puede y debe sostenerse que Don Quijote existió y sigue existiendo, vive y sigue viviendo con una existencia y una vida más intensas y más eficaces que si hubiera existido y vivido al modo vulgar y corriente” (Unamuno 1966a, 1228).

hito en un proceso en el que se va a definir, lo mismo que su amo, por lo que hace y dice, o sea como una vida dirigida desde dentro que lo independiza de cualquier narrador. Más adelante, vemos cómo el escudero se vuelve cada vez más complejo, conforme se va enriqueciendo su trato con Don Quijote.⁵ A fin de cuentas, quien traza el retrato más matizado y exacto del personaje, no es Cide Hamete Benengeli, sino el ingenioso hidalgo, tras haber sufrido sus gracias y desplantes durante la comida ofrecida por los Duques:

Quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante; tiene a veces una simplicidades tan agudas, que el pensar que si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le llevan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad. (Cervantes 2005, 1/983)

Unamuno no recoge ni glosa este retrato en su comentario. En cambio, aprovecha cada capítulo para destacar alguno de los rasgos dispersos que solemos ordenar en una especie de síntesis: afición al comer y al beber, ingenuidad, codicia, cobardía, malicia, fidelidad. Pero, en vez de reunirlos adoptando una técnica acumulativa, se dirige a Sancho, bien para ensalzar sus méritos, bien para echarle en cara sus defectos y flaquezas, lo mismo que si hablara con un ser vivo. Así cuando el escudero aconseja a su amo que se case con la princesa Micomicona, quedándose luego libre de amancebarse con Dulcinea: “¿Qué has dicho, Sancho, qué has dicho? ¡No sabes cómo atravesando el alma de Don Quijote has llegado a herir la hebra más sensible del corazón de Alonso Quijano!” (Unamuno 1988, 281). O, en la segunda parte, cuando confiesa a la Duquesa que, a pesar de tener a Don Quijote por loco rematado, lo sigue por ir atendido a las vanas promesas suyas: “Pero ven acá, pobre Sancho, ven y dinos: ¿lo crees de veras así? Y aun creyéndolo, ¿no sientes que es mejor para tu fama y tu salud eterna seguir al loco generoso que no a un cuerdo mezquino?” (Unamuno 1988, 400). Y, más adelante, camino de Barcelona, en el “tristísimo paso” en que se niega a azotarse para desencantar a Dulcinea, llegando a arremeter a su amo y dar con él en el suelo boca arriba:

¡Oh, pobre Sancho, y a qué desfalladero de torpeza te arroja la carne pecadora! Te desmandas contra tu amo y señor natural, contra el que te da eterno pan de tu vida eterna, creyéndote señor de ti mismo, No, pobre Sancho, no; los Sanchos no son señores de sí mismos. Esa proterva razón que para rebelarte aduces de “¡soy mi señor!”, no es más que un eco del “¡no serviré!” de Lucifer, el príncipe de las tinieblas. (Unamuno 1988, 455)

Sin embargo, acto seguido, Unamuno reniega de lo que acaba de decir, dando marcha atrás:

Pero bien mirado, tampoco está del todo mal que Sancho se rebele así, pues de no haberse nunca rebelado, no sería hombre, hombre de verdad, entero y verdadero. Y esa rebelión, si bien se mira, fue un acto de cariño, de hondo cariño a su amo que se desmandaba y salía, en la tristeza de su locura agonizante, de las buenas prácticas caballerescas. (Unamuno 1988, 455)

⁵ De notable interés al respecto es el reciente artículo de Francisco Ramírez Santacruz, “Sancho: los ‘Panzas’, la boca y el habla” (Ramírez Santacruz 2016, 287-299).

Y de hecho, no duda en elevarlo a la altura de su amo. Lejos de detectar en él aquella reversibilidad entre tontería y listeza en la que Maurice Molho quiso encontrar la clave del Sancho cervantino (Molho 1976, 217-355), reconoce en él un rasgo fundamental que basta para salvarlo y es que, contagiado poco a poco por su amo, se revela incapaz de vivir sin él. Ya al llegar a Sierra Morena, cuando no se atreve por miedo a apartarse de él, le anima a no desalentarse: “Ten fe, pues, Sancho, ten fe, aunque te falte el ánimo de Don Quijote. La fe cumplió en ti su milagro; el ánimo de don Quijote es ya tu ánimo y no vives tú en ti mismo, sino que es él, tu amo, quien en ti vive. Estás qui jotizado” (Unamuno 1988, 261). Además, no se limita a observar esta compenetración entre el escudero y un amo al que lastra con una carga simbólica, sino que se empeña en convencer a Sancho de que ambos han sido forjados “en una misma turquesa” (Unamuno 1988, 330). Por cierto, Sancho no pierde por ello su humanidad, sino que, al contrario, viene a ser la humanidad para Don Quijote: “Necesitaba [Don Quijote] a Sancho. Necesitábalo para hablar eso es para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír rechazo vivo de su voz en el mundo. Sancho fue su coro, la humanidad toda para él” (Unamuno 1988, 194). A la inversa, lo que Don Quijote le infunde, es su locura, no como la entiende la gente sensata, sino como es en realidad: una locura heroica, nutrida de una fe en el ideal caballeresco que Sancho acaba por conquistar entre tumbos y desalientos, perdiendo hoy terreno para recobrarlo mañana:

¡Tu carrera fue una lucha interior, entre tu tosco sentido común, azuzado por la codicia, y tu noble aspiración al ideal, atraída por Dulcinea y por tu amo! Pocos ven cuán de combate fue tu carrera escuderial; pocos ven el purgatorio en que viviste; pocos ven cómo fuiste subiendo hasta aquel grado de sublime y sencilla fe cuando tu amo muera. De encantamientos a encantamientos llegaste a la cumbre de la fe salvadora. (Unamuno 1988, 293)

En este ideal radica la esencia de un qui jotismo que el escudero comparte y del que nos ofrece repetidas muestras, llevado del espíritu de su amo: al vivir aquel sueño de la ínsula que su señor le ha prometido, al hacer suyo el culto que este tributa a la dama de sus pensamientos, al creer a pies juntillas en las fábulas caballerescas, al querer “morir Don Sancho” (Unamuno 1988, 334), como sospecha Teresa, su mujer, antes de su segunda salida, al animar a Don Quijote, a poco de dar el último suspiro, a que no se deje morir “sin más ni más”, volviendo a hablarle del desencanto de su dama y de los libros de caballerías a pesar de haber recobrado la razón. Y comenta Unamuno:

¡Oh heroico Sancho, y cuán pocos advierten el que ganaste la cumbre de la locura cuando tu amo se despeñaba en el abismo de la sensatez y que sobre su lecho de muerte irradiaba tu fe, tu fe, Sancho, la fe de ti, que ni has muerto ni morirás! Don Quijote perdió su fe y murióse; tú la cobraste y vives; era preciso él muriera en desengaño para que en engaño vivificante vivas tú. (Unamuno 1988, 513)

La lección que nos conviene sacar entonces de este final no plantea la menor duda, si hemos de hacer nuestras las palabras que Unamuno dirige entonces al ingenioso hidalgo:

Sancho, que no ha muerto, es el heredero de tu espíritu, buen hidalgo, y esperamos tus fieles que Sancho sienta un día en que se le hincha de qui jotismo el alma, que le florecen los viejos recuerdos de su vida escuderial, y vaya a su casa y se revista de tus armaduras, que hará que se las arregle a su talla y cuerpo el

herrero del lugar, y saque a Rocinante de su cuadra y monte en él, y embrace tu lanza con que diste libertad a los galeotes y derribaste al Caballero de los Espejos, y sin hacer caso de las voces de tu sobrina, salga al campo y vuelva a la vida de aventuras, convertido en caballero andante. Y entonces, Don Quijote mío, entonces es cuando tu espíritu se asentará en la tierra. (Unamuno 1988, 515)

Prueba del alto concepto que Unamuno tiene ahora de Sancho es la declaración que le va a dedicar al final de “Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*”, un texto posterior en pocas semanas a la publicación de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, escrito con miras a disipar cualquier malentendido sobre el significado de su libro y que conviene, creo, reproducir in extenso:

Antes de terminar tengo que hacer una declaración; y es que todo cuanto he dicho de Don Quijote se aplica a su fiel y nobilísimo escudero Sancho Panza, aún peor conocido y más calumniado que su amo y señor. Y esta desgracia que sobre la memoria del buen Sancho pesa, le viene ya desde Cervantes, que, si no acabó de comprender a derechas a su Don Quijote, no empezó siquiera a comprender a su Sancho, y si fue con aquel malicioso algunas veces, fue con este casi siempre injusto.

Una de las cosas, en efecto, que más saltan a los ojos cuando se lee el *Quijote* es la incomprensión por parte de Cervantes del carácter y alma de Sancho, cuya excelsa heroicidad no concibió nunca su padre literario. A Sancho le calumnia y le maltrata sin razón ni motivo, se empeña en no ver claro los móviles de sus actos, y hay ocasiones en que se siente uno tentado a creer que, movido por esta incomprensión, altera la verdad de los hechos y le hace decir y hacer al buen escudero cosas que nunca pudo haber dicho ni hecho, y que, por lo tanto, ni las dijo ni las hizo.

Y tal maña se dio el malicioso Cervantes para torcer las intenciones de Sancho y tergiversar sus propósitos, que ha caído sobre el noble escudero una fama inmerecida, de la que espero conseguiremos redimirle los quijotistas, que somos y debemos ser sanchopancistas a la vez.

Afortunadamente, como Cervantes no fue, según dije, sino en parte, y muy en parte, autor del *Quijote*, quedan en este libro inmortal todos los elementos necesarios para restablecer el verdadero Sancho y darle la fama que merece. Pues si Don Quijote estuvo enamorado de Dulcinea, no menos lo estuvo Sancho, con la circunstancia de que aquel salió de su casa movido por el amor a la gloria, y Sancho por amor a la paga; pero fue este gustando la gloria, y acabó por ser, en el fondo, y aunque él mismo no lo creyera, uno de los hombres más desinteresados que haya conocido el mundo. Y cuando Don Quijote se moría cuerdo, curado de su locura de gloria, Sancho se había vuelto loco, loco de remate, loco por la gloria; y mientras aquel abominaba de los libros de caballería, el buen escudero le pedía con lágrimas en los ojos, que no se muriese, sino viviera para volver a salir a buscar aventuras por los caminos.

Y como Cervantes no se atrevió a matar a Sancho, ni menos a enterrarle, suponen muchos que Sancho no murió y hasta que es inmortal. Y el día menos pensado nos vamos a encontrar con la salida de Sancho, el cual, montado en Rocinante que tampoco murió, y revestido con las armas de su amo que para el caso se las arreglará el herrero del Toboso, se echará a los caminos a continuar la gloria de Don Quijote y a hacer triunfar de una vez el quijotismo sobre la tierra. Porque no nos quepa duda de que es Sancho, Sancho el bueno, Sancho el discreto, Sancho el sencillo; que es Sancho el que se volvió loco junto al lecho en que su amo se moría cuerdo; que es Sancho, digo, el encargado por Dios para asentar definitivamente el quijotismo sobre la tierra. Así lo espero y deseo, y en ello y en Dios confío. (Unamuno 1966a, 1237-1238)

En este hermoso final, Unamuno no solo sintetiza todo lo que pudo decir de Sancho en

su libro,⁶ sino que radicaliza, por decirlo así, el elogio que se mereció el escudero de su parte, eliminando, en cambio, ya que no le dirige aquí la palabra, los reproches que le hizo en más de una ocasión. Queda por medir su exacto alcance, y para esto cabe deslindar entre dos perspectivas posibles. La primera consiste en examinar el deseo expresado por Unamuno en relación con el marasmo que estaba padeciendo España por aquellas fechas. Desde esta perspectiva, como ha señalado Jesús López Calle, este deseo es indudablemente utópico. Si hemos de seguir al autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, mientras la historia y cultura españolas estaban bajo el signo de Don Quijote durante el Siglo de oro, en cambio, en los años que nos llevan del desastre colonial a la conmemoración del tercer centenario, las mismas se encuentran más bien bajo el signo de Sancho. Pero, para que el sanchopancismo del sentido común deje de sepultar al espíritu quijotesco, el sano sentido común del escudero tiene entonces que ponerse en contacto con el sano y regenerador idealismo de su amo, ya vuelto de sus ilusiones. Ahora bien, si, como sostiene Unamuno, la propensión del pueblo español a oscilar entre estos dos polos es un producto de los contrastes del propio medio geográfico y este medio sigue siendo el mismo, no se puede esperar sino que tal propensión perdure y siga encarrilando la historia y la cultura españolas por la misma vía del vaivén entre los extremos por los que hasta entonces se había guiado (López Calle 2009).

Pero también podemos elegir otro acercamiento, examinando la postura adoptada por Unamuno frente al *Quijote* en relación con la posteridad de la novela cervantina. A esta posteridad no dejará de referirse con un vigor poco común doce años más tarde, al destacar la forma en que nosotros, a través de nuestra propia lectura, volvemos a dar vida a los personajes surgidos de las páginas escritas por Cervantes:

Desde que el *Quijote* apareció impreso y a la disposición de quien lo tomara en mano y lo leyese, el *Quijote* no es de Cervantes, sino de todos los que lo lean y sientan. [...] Cada generación que se ha sucedido ha ido añadiendo algo a este Don Quijote, y ha ido él transformándose y agrandándose [...] Y si Cervantes resucitara y volviese al mundo, no tendría derecho alguno para reclamar contra este *Quijote*, de que el suyo no es sino la hipóstasis y como el punto de partida. [...] Cervantes puso a Don Quijote en el mundo, y luego el mismo Don Quijote se ha encargado de vivir en él: y aunque el bueno de Don Miguel creyó matarlo y enterrarle e hizo levantar testimonio notarial de su muerte, para que nadie ose resucitarlo y hacerle hacer nueva salida, el mismo Don Quijote se ha resucitado a sí mismo, por sí y ante sí, y anda por el mundo haciendo de las suyas. (Unamuno 1966a, 1228-1231)

Afirmación que vale no solo para el ingenioso hidalgo, sino para su escudero, de modo que, tal como se nos aparece ahora, el Sancho unamuniano se sitúa, a fin de cuentas, en la dialéctica de las recepciones sucesivas del personaje que imaginó su creador. Una dialéctica que se inicia con la figura de risa de las adaptaciones teatrales del siglo XVII, empezando por *Don Quijote la Mancha*, la comedia de Guillén de Castro, y nos lleva al menos hasta aquel lector imaginado por Franz Kafka en *La verdad sobre Sancho Panza*, donde el autor de *La metamorfosis* invierte la relación entre caballero y escudero, atribuyendo a este último la invención de su amo y la autoría de las fantasías quijotescas:

⁶ Aunque sea ahora el herrero del Toboso, y no el herrero del lugar, el encargado de arreglar las armas de Don Quijote para que Sancho se las pueda poner.

Sancho Panza, que por lo demás nunca se jactó de ello, logró con el paso de los años, aprovechando las tardes y las noches, apartar de sí a su demonio – al que más tarde dio el nombre de Don Quijote – por el método de proporcionarle una gran cantidad de libros de caballerías y novelas de bandoleros, hasta el punto que aquel, desatado, dio en llevar a cabo los actos más demenciales, aunque sin causar perjuicio a nadie, debido precisamente a la ausencia de su objeto predeterminado, que debería haber sido Sancho Panza. A pesar de que era un hombre libre, Sancho Panza decidió, quizá a causa de cierto sentido de la responsabilidad, seguir tranquilamente a Don Quijote en sus correrías, y disfrutó así hasta el fin de su vida de un provechoso entretenimiento. (Kafka 2005, 297)

En tales condiciones, Sancho Panza ha sido capaz de trascender la circunstancia histórica en la que fue concebido por Unamuno, la de la crisis de la España de la Restauración, y puede ser que lo siga haciendo, por poco que nos decidamos a acompañarle en sus aventuras, a partir de los signos trazados por Cervantes hace más de cuatro siglos.⁷

⁷ A Germán Vega García-Luengos, primer lector de este trabajo, mis más expresivas gracias por sus observaciones y sugerencias.

Obras citadas

- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Francisco Rico ed. Madrid: Real Academia Española, 2005. 2 vols.
- Costa, Joaquín. *Estudios jurídicos y políticos*. Madrid: Imprenta de la Revista de Legislación, 1884.
- Ganivet, Ángel, *Idearium español y el porvenir de España*. Salamanca: Almar, 1999 [Granada: Imprenta Sabatel, 1897].
- Kafka, Franz. *La verdad sobre Sancho Panza y otros textos*. En G. Armero ed., *Cuatrocientos años de Don Quijote por el mundo*. Madrid: Sociedad de Conmemoraciones culturales y TF Editores, 2005. 297.
- López Calle, Jesús. “Unamuno y el *Quijote* como retrato del carácter nacional”. *El Catoblepas*. nº 93, noviembre de 2009.
- Molho, Maurice. “Raíz folklórica de Sancho Panza”. En *Cervantes: raíces folklóricas*, Madrid: Gredos, 1976. 217-355.
- Ramírez Santacruz, Francisco. “Sancho: los ‘Panzas’, la boca y el habla”. En I. Arellano, D. Ayalamacedo y J. Iffland eds. *El Quijote desde América (Segunda parte)*, New York: Idea. 2016. 287-299.
- Unamuno, Miguel de. En torno al casticismo. Buenos Aires: Austral, 1952. [Madrid: Renacimiento, 1905].
- . “Sobre la lectura e interpretación del Quijote”. En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966a. vol. 7. 1227-1238.
- . *El porvenir de España* [Madrid: Renacimiento, 1912]. En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966b. vol. 3. 635-677.
- . “¡Muera Don Quijote!”. En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966c, vol. 7. 1194-1196.
- . “¡Viva Alonso Quijano el Bueno!”. En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966d. vol. 7. 1197-1199.
- . “Más sobre Don Quijote”, En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966e. vol. 7. 1200-1202.
- . “San Quijote de la Mancha”. En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966f. vol. 7. 1243-1245.
- . *Del sentimiento trágico de la vida*. En Manuel García Blanco ed. *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966g. vol. 7. 107-302.
- . *Vida de Don Quijote y Sancho*. Alberto Navarro ed. Madrid: Cátedra, 1988. [Madrid: Fernando Fe, 1905].